



CARDOSO Fernando. *Los agentes sociales de cambio y observación en América Latina*. En: *Cuestiones del desarrollo en América Latina*. Chile, Editorial Universitaria, 1968

Diana Cristina Múnera Álvarez

El esquema interpretativo que propone Cardoso, se basa en que, si bien, como muchos autores lo afirman, la importación de conceptos no permite precisión y requieren una reelaboración para Latinoamérica, él propone que ésta sea hecha a partir de las formas de comportamiento y la conciencia social. Esto implica considerar, en un marco estructural, el hecho de que factores como la condición periférica de América Latina, los comportamientos de los grupos y las clases sociales, y sus movimientos sociales, son determinantes del proceso de desarrollo tanto a nivel económico como ideológico. Dentro de esta perspectiva las formas de organización y los sistemas normativos entran en contraste con las posibilidades de los agentes sociales.

En su mirada al desarrollo como proceso económico, coincide con Germani, en afirmar que el punto de partida del capitalismo y del desarrollo económico de América Latina es diferente, pero no lo presenta en etapas o grados de desarrollo como él, sino que retoma elementos relacionales que enmarcan las estrategias económicas. Además estas estrategias develan relaciones de fuerza al interior del mercado internacional, con lo que queda claro que Cardoso se centra en mostrar que las fuerzas sociales son entonces esenciales al momento de considerar el desarrollo como un proceso social, pero no por ello excluye la relación entre ambas dimensiones. En este sentido, la constitución de Estados y sociedades civiles fueron posibles gracias a tres factores, que se enmarcan en tres formas de subdesarrollo: -1)- la acción de grupos sociales que lograron cierto control de las dinámicas de exportación, que luego fueron intervenidas por extranjeros; -2)- la pérdida de influencia económica, le permite a esta clase terrateniente hacerse políticamente dominante y privilegia la tendencia al fortalecimiento del mercado interno y -3)- la industrialización con capital privado nacional o extranjero.

El autor realiza un seguimiento de ciertos grupos estratégicos: masas populares -sectores urbanos, movimiento obrero-, sectores medios conformados por grupos de profesionales – burocracia, técnicos en materia civil y militar-, y sectores tradicionales que permitieron la asimilación de elementos innovadores a los que respondieron favorablemente, hecho que es fundamental si se tiene en cuenta que el mundo agrario es un límite estructural básico para la transformación de las sociedades Latinoamericanas. Cardoso analiza la forma como estos grupos logran expresiones propias y se organizan, definen orientaciones políticas y dan sentido práctico a las ideologías, su orientación valorativa, sus aspiraciones, de esta manera logran influir el aparato estatal y por ende el proceso productivo y el desarrollo, factores que le imprimen dinamismo al desarrollo. Con todo esto se tiene la necesidad de considerar tanto las fuerzas de cambio como las de conservación en América Latina.

A continuación Cardoso comienza una descripción detallada de cada uno de los sectores enunciados como agentes del cambio, para culminar con una referencia al papel el Estado. Cada uno de estos sectores debe ser analizado desde la vinculación de las formas de actuar de estos sectores, con los condicionantes estructurales. Otra dimensión del análisis consiste en mirar cada uno de los sectores en relación con los otros, y cada uno de los ejes de análisis propuestos para cada sector, desde los tipos de subdesarrollo enunciados, a partir de unas preguntas orientadoras formuladas por el autor.

Cuando aborda los sectores populares hace referencia a la situación de masa y al crecimiento de la población, expansión del mercado, urbanización, desorganización de la economía tradicional e inserción en un proceso político; como factores que aclimatan la existencia del movimiento populista. Este movimiento es autónomo ejerce presión en cuanto al consumo y la participación, pero no por eso es favorable al desarrollo, al contrario, esto depende de las alianzas de clases y grupos sociales entre si y con las masas, y requiere un análisis detallado de, por ejemplo, la estructura de empleo, el grado de diferenciación del sistema productivo y la fase de crecimiento económico^[1]. La participación política depende de dos condiciones: la

obsolescencia del sistema tradicional de dominación que da forma a la situación de masas, y la forma como éstas son manipuladas por las oligarquías. En ese sentido los movimientos populistas son amenaza al *status quo* y legitimadoras de la dominación -en la medida en que pueden reforzar el marco estructural del juego político, como el caso del peronismo y el PRI-. Las posibilidades de que los movimientos populistas -así como los empresariales y los tradicionales-, alcancen sus objetivos, no son las mismas si se cuenta con un sector productivo nacional dinámico, o si el sector industrial es relativamente fuerte; por eso es posible hablar de dos formas de participación política desde el populismo: el sindicalismo y los partidos de izquierda.

Los sectores empresariales son la forma de integración de las clases dominantes y se puede analizar con patrones similares al movimiento de masas en lo que respecta al desarrollo: condiciones económico-sociales y movimientos sociales que lo impulsan. Todo esto nos remite a las condiciones de industrialización de América Latina: el lento crecimiento del sistema artesanal y fabril y el crecimiento vegetativo del mercado interno, en contraste con el auge de la economía exportadora sobretodo en momentos coyunturales como la crisis del 29 y la segunda guerra mundial. Ambas circunstancias son aprovechadas por el sector empresarial hasta formular su propia política de desarrollo que les permite incluso conciliar con los intereses extranjeros; el grado de transigencia de estas políticas y su capacidad de erguirse como proyecto de participación social es fundamental para el análisis, además debe considerar las pautas de inversión, el aprovechamiento empresarial de inmigrantes y de las mismas condiciones de mercado. Todo esto teniendo en cuenta los marcos de la empresa familiar, y las tendencias hacia el nacionalismo y desarrollismo en que frecuentemente cae este sector, y la forma como a pesar de esto se convierte en puente entre el mercado interno y externo que tiene una gran trascendencia en la transformación social en estos mismos niveles.

Los sectores tradicionales son permeados por las clases dominantes para poder generar una transformación social. En el sector tradicional, se escenifican los límites del desarrollo, sin embargo permitió la integración latinoamericana al mercado mundial. La estructura de hacienda fue la célula del poder político-militar, que junto con el poder económico constituyó la forma de dominación vigente. Gracias a los nexos bancarios dio lugar al sector industrial y agroexportador, en que también participaron los terratenientes. Estos factores en conjunto con las dinámicas de exportación de productos primarios, reaccionan a las presiones renovadoras ya sea por asociación a ellas en lo económico -empresarios- o en lo político-social -populismos-, hasta insertarse en la nueva sociedad. La situación es diferente si la oligarquía terrateniente controla las exportaciones. En coyunturas en que se modernizan los sectores tradicionales y con el apoyo de las masas populares al momento de buscar acuerdos con externos, este sector pasa a considerarse como el conjunto de la nación y a desempeñar un papel dinamizador que impone el equilibrio rural y el problema agrario, cuyo marco de actuación es muy amplio en cualquiera de los tipos de subdesarrollo. En el nuevo orden los sectores tradicionales operan desde lo simbólico y con cierto nivel de dependencia frente a los sectores emergentes, este sector debe estar excluido de los beneficios proveídos por el sector empresarial para flexibilizar las negociaciones con este sector y para mantener las relaciones de dominación sobre las masas rurales -lo que implica la no integración de las masas campesinas y la marginación urbana de los migrantes-.

En cuanto al papel del Estado este es visto como el centro de las decisiones y como el encargado de la planificación, un eslabón para la armonización de los intereses antagónicos de las fuerzas y movimientos sociales y la dominación social. En América Latina el Estado oligárquico privilegia intereses de los grupos dominantes, pero la ruptura con el equilibrio tradicional da paso al Estado populista. Este análisis considera, más allá de lo institucional, las condiciones estructurales en contraste con los procesos políticos que dan sentido a su formación (las formas de legitimación del poder y sus límites, la burocracia, el clientelismo y los mecanismos de mantenimiento de los Estados nacionales). Es diferentes si se trata de países cuya integración económica se da a partir de enclaves o de estímulo del mercado interno, podría conducir a un Estado productivo y reglamentador, que vincule los sectores económicos y políticos, o a formas autoritarias del Estado. Con todo esto la pregunta se dirige hacia las posibilidades de que la burocracia tenga una relativa independencia que le permita sustraerse a las presiones de otros sectores y a la vez representar el interés de la colectividad.

Cardoso concluye el texto con una propuesta analítica de integración de los grupos estratégicos, los conservando los límites de las estructuras económico-sociales y los valores típicos de cada sector, para llegar a la forma como estos agentes determinan el desarrollo.

[1] esto es contradictorio en la medida en que en la búsqueda del aumento del consumo se deteriora el crecimiento económico y si éste se da, afecta la definición de las metas del movimiento, que finalmente son las que llevan a determinar las posibilidades políticas de reorganización del poder; además de que políticamente el populismo solo es viable dentro de un ciclo ascendente

[1]